

## CAPÍTULO IV

## SUMARIO

Orden de la Misa solemne según la liturgia romana.—**365**. Observaciones preliminares. Disposiciones preliminares del sacerdote para celebrar.—**366**. Confesión sacramental, si era necesaria.—**367**—Rezo de los maitines y laudes.—**368**. Oración mental y vocal.—**369**. Preces.—**370**. Lavatorio de las manos y preparación del cáliz.—**371**. Imposición de los ornamentos sagrados.—**372**. Doble procesión.—**373**. Acceso del celebrante y ministros al altar.—**374**. Alterna con el diácono y subdiácono el salmo *Judica me* etc. Confesión general.—**375**. Otras deprecaciones.—**376** Oraciones *Aufer a nobis* y *Oramus te Domine*.—**377**. Bendición del incienso é incensación del altar.—**378**. Introito. Su antigüedad.—**379**. Doble introito entre los orientales.—**380**. El coro canta el introito.—**381**. Kiries; su variedad.—**382**. Himno angélico.—**383**. Salutación al pueblo.—**384**. Colectas.—**385**. De la palabra *Amen*.—**386**. En Roma, después de las colectas, se tributaban alabanzas al Papa.

**365**. Dijimos últimamente, que el origen de algunas partes de la liturgia general quedó explicado al tratar de la liturgia que se empleó en los primeros siglos. Conviene asimismo llamar la atención á fin de que el lector no espere que estudiemos estas mismas cosas al observar los tiempos modernos, pues en esta época la liturgia se nos presenta del propio modo que la dejaremos expuesta en la que esta-

mos recorriendo, salvo raras excepciones que procuraremos notar. Finalmente, para que toda clase de lectores puedan aprovecharse de estos escritos, redactaré cada una de las partes de la liturgia romana, juntamente con las de la Misa del Corpus, traducidas á nuestro vulgar, en los lugares que corresponda.

**366**. Demos principio á nuestro asunto con el estudio de la preparación sacerdotal para la celebración del Sacrificio. Lo primero con que se disponían los ministros del Altísimo era con la confesión sacramental, si es que la necesitaban, y aun muchas veces la practicaban sólo por devoción, uso muy conforme con el espíritu de la Iglesia de todos los siglos.

**367**. El rezo de los maitines y laudes, dispuesto por la Rúbrica, no era sino un eco de la tradición. Después del siglo VI y en algunos de los siguientes, se continuaba en las iglesias seculares la costumbre de reunirse los fieles en las vigiliias principales, y pasar gran parte de la noche asistiendo á los maitines y laudes que cantaban los sacerdotes y demás clérigos. Los monjes salmodiaban todas las noches acompasadamente las alabanzas del Señor. Pero después se hizo más rara en aquéllos esta costumbre, aunque poseemos datos de que por los años 1100 se practicaba en París (1). En 1236, el Concilio de Roan mandó á los que tenían cura de almas y á los capellanes, rezasen de noche los maitines y laudes, comenzando á recitarse estas partes del oficio divino después de media noche, que por eso tomó la primera el nombre que lleva; las laudes se rezaban por la mañana, pero siempre antes de celebrar la misa. Varios Concilios ordenaron se practicase la misma costumbre, aunque no obligaron á que se rezasen en la iglesia y de noche, lo que se observó con bastante fidelidad. También fué mandado que la Prima y Tercia se recitasen antes de la misa, si es que ésta se había de celebrar cerca de la hora de nona.

**368**. La oración mental juntamente con la vocal, que

(1) Véase Le-Brun, *Explicatio Missæ*, tom. I, art. IV.



prescribe la Rúbrica se practique antes de celebrar, era en los tiempos medios bastante usada. En algunas catedrales y colegiatas, dice el P. Le-Brun, (1) el sacerdote que había de celebrar la Misa durante la semana, ó que tenía el oficio de hebdomadario, pasaba la noche anterior en el retiro, haciendo oración á Dios Nuestro Señor; en otros lugares había muchas y diversas costumbres encaminadas al propio fin.

**369.** Seguían á la oración, la recitación de varios salmos, acompañados de algunas fervorosas preces, para inclinar al Señor á que usase de misericordia con el celebrando. Antes del año 1090 existían ya las prescripciones referentes á esto mismo; pero en la fecha citada vemos que el Micrólogo (2) dice que se recitaban cuatro salmos, á saber: *Quam dilecta, Benedixisti, Inclina Domine y Credidi*. En el sacramentario de Tréveris, escrito en el siglo X, estaban intercalados los tres primeros con objeto de que los sacerdotes los recitasen antes de celebrar; á esto se añade que en algunas catedrales se tenía también la costumbre de rezar las letanías en el coro antes de la celebración de la misa conventual. El Misal Romano inserta cinco salmos preparatorios, que son los cuatro mencionados y el *De profundis*, á más de la antifona *Ne reminiscaris* y algunas preces.

**370.** Á continuación de éstas, aunque hubiera poco intervalo de tiempo, el sacerdote registraba el misal á fin de tener dispuesta la misa del día; se lavaba las manos, práctica que, según vimos, trae su origen de los primeros siglos, y preparaba el cáliz.

**371.** Luego pasaba á vestirse los sagrados ornamentos, y, haciendo sobre sí la señal de la cruz como que iba á empezar la más grandiosa obra, llevaba el amito (3) á la cabeza, diciendo estas ó semejantes palabras: «Pon, Señor, á mi cabeza la coraza de salud, para rechazar los combates de los infernales espíritus,» las cuales son del Misal

(1) Véase Le-Brun, *Explicatio Missæ*, tom. I, art. IV.

(2) Le-Brun, loc. cit.

(3) Véase la historia de los ornamentos en el cap. V del tomo III.

Romano; pero dije, estas ó semejantes, porque en los siglos que recorremos, no todas las iglesias usaban de las mismas oraciones, aunque sí del mismo sentido. Prueba de ello es lo que dice S. Pío V, en su bula que empieza: *Ad hoc nos Deus unxit*, etc., la cual está insertada al principio del Misal Romano. En ella ordena, que los sacerdotes no están constreñidos á recitar las oraciones que pone este mismo Misal sino las que en sus iglesias se recitasen por costumbre.

Los misales de la regia iglesia de S. Quintín (Francia) escritos en el siglo XIII, señalan la oración que debe recitarse á la imposición del amito, de donde puede colegirse la antigüedad de esta práctica. Acto continuo se imponía el alba diciendo las palabras que trae el Misal Romano: «Blanquéame, Señor, y limpia mi corazón, para que, purificado con la sangre del Cordero, goce las alegrías sempiternas,» luego tomaba el cingulo ó cordón para que sostuviese el alba y, al ceñirsele, decía: «Cíñeme, Señor, la cuerda de la caridad y extingue de mis riñones el humor impuro, á fin de que permanezca en mí la virtud de la continencia y de la castidad.» Al coger el manípulo para sujetarlo al brazo izquierdo, se dirigía al Señor con esta súplica: «Merezca llevar ¡oh Señor! el manípulo del gemido y del dolor para que con alegría reciba la merced del trabajo.» Dice el P. Le-Brun (1) que esta fórmula deprecatoria estaba ya en uso en el siglo XI, según se observa en los antiguos misales de Cataluña. Puesto el manípulo, tomaba la estola y, cruzándola sobre su pecho, suplicaba: «Devolvedme, oh Señor, la estola de la inmortalidad que perdí en la prevaricación de Adán.» Finalmente, al vestirse la casulla, exclamaba: «Oh Señor, que dijiste, mi yugo es suave y mi carga ligera, haz que pueda sobrellevar esta cruz por la que consiga vuestra gracia.» Estas oraciones que se recitaban en los siglos medios son las mismas que usa hoy la Iglesia Romana al ejercer el propio ministerio, según puede observarse en el Mi-

(1) Loc. cit.



sal Romano. Los obispos recitan otras, al investirse los ornamentos peculiares de su dignidad, las cuales podrá ver también el curioso en el principio del referido Misal.

**372.** Precisamente, al principio de la Edad Media, los domingos, antes de la misa solemne, comenzó á observarse una costumbre de la cual quedan aún vestigios en muchas catedrales. Consistía en una doble procesión que principiaba en casa del obispo y terminaba en la sacristía de la catedral. Se celebraba con mucha pompa y solemnidad; asistía el clero por su orden, revestido con el hermoso traje de coro, precedido de los acólitos y turiferario; algunos clérigos inferiores, que hoy llamamos pajes, llevaban los objetos pertenecientes al decoro y dignidad del obispo: cuando el Pontífice Sumo era quien presidía la procesión ostentaba ésta mayor esplendor, ya por el número de los asistentes, ya también por la calidad de las personas y de la riqueza desplegada. Llegados el obispo ó el Pontífice supremo á la sacristía, deponían algunas de sus vestiduras y vestían los ornamentos sagrados para celebrar (1).

Si el que debía verificar tan sublime acto era simple sacerdote, no tenía lugar la procesión referida, pero se efectuaba otra correlativa á los obispos y presbíteros. Consistía en que después que éstos se habían investido los sagrados ornamentos, salían de la sacristía para el altar precedidos de los ministros, de varios clérigos, acólitos y turiferario, lo cual aun se practica en nuestros días.

**373.** Llegado el celebrante al medio del altar, se descubría juntamente con los ministros, y, vuelto el rostro hacia la cruz, juntaba las manos y daba principio al orden de la liturgia eucarística mediante la señal de la cruz, la cual ejecutaban los ministros sobre sí mismos. Estas prescripciones que hace el Misal Romano, las vemos observadas desde los más remotos tiempos.

En cuanto al celebrar con la cabeza desnuda, el Concilio

(1) Véase el Orden Romano, á Morino de sacris ordination. p. 3, exert. 16 cap. 6 et 2 seq., y á Bona, Rerum liturg. lib. II, cap. II donde describen semejantes procesiones.

Romano, (1) celebrado en 733 y presidido por el papa S. Zacarías, ordena bajo pena de excomunión á los obispos, presbíteros y diáconos que no asistan al altar con la cabeza cubierta. Solamente la necesidad, dice el P. Le-Brun, y la condescendencia de la Iglesia, ha hecho que el Sumo Pontífice, los obispos y aquéllos á quienes especialmente se concede, puedan usar el solideo en la misa, excepción hecha del tiempo del canon y comunión. Nicolao I (1), que guió la Nave de S. Pedro á mediados del siglo IX, amonesta al sacerdote á que junte las manos en la misa, en señal de sumisión á Dios y devoción hacia la obra que está ejerciendo. La señal de la cruz que el celebrante y los ministros forman sobre sí mismos al empezar la liturgia es una costumbre antiquísima, que data de los principios de la Iglesia. En su confirmación, decía Tertuliano, que los cristianos no empezaban ninguna obra sin practicar antes la señal de la cruz; ¿cuánto más la harían los sacerdotes al empezar el tremendo Sacrificio de la misa?

**374.** Una vez que todo estaba dispuesto, y luego de haber pronunciado el celebrante: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea», recitaba la antífona *Introibo*, «Me llegaré al altar de Dios», á la que contestaban los ministros: «Al Dios que alegra mi juventud». Después proseguían alternativamente el salmo *Judica me Deus*, que para satisfacción del poco versado en la materia, pongo á continuación:—S. Júzgame, oh Dios, y discierne mi causa de la gente no santa. Del hombre engañoso é inicuo líbrame. M. Porque tú eres, oh Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado? ¿y por qué ando triste mientras me contrista el enemigo?—S. Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiaron y me llevaron á tu santo monte y á tus tabernáculos.—M. Y entraré al altar de Dios: al Dios que regocija mi juventud.—S. Te alabaré yo con la cítara, oh Dios, oh Dios mío. ¿Por qué estás triste alma mía y por qué me conturbas?—M. Espera en Dios, porque aun le tengo de alabar: salud de mi

(1) Oper. cit. art. II.



rostro y Dios mío (1).—S. Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.—M. Así como era en un principio, y ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Así sea». Terminado el salmo, repetía la antifona *Introibo*, y los ministros respondían *Ad Deum*, etc., como antes.

La antigüedad de la mencionada antifona y del citado salmo en la liturgia Romana, no sube seguramente del siglo X. En los códices manuscritos de las iglesias de Francia, Inglaterra y Alemania, que traen el orden de la misa, se hallan en toda su extensión. Los que han querido remontarlos al tiempo de S. Ambrosio y se apoyan en los escritos de este santo, se engañan, dice el cardenal Bona, porque en semejantes escritos no se hace de ellos mención ninguna. Durando (2) atribuye la costumbre de recitarlos en la misa al papa S. Celestino.

Terminada la antifona *Introibo*, decía el sacerdote: «Nuestra ayuda en el nombre del Señor,» á lo que respondían los ministros: «El cual hizo el cielo y la tierra.» Seguía-se la confesión general que recitaba el celebrante, pero que en los tiempos que recorremos no constaba de la misma forma que en los presentes, aunque su ideal era el mismo. Esta parte de la misa se nota en casi todas las liturgias antiguas, y los misales de los siglos medios en general, la llevan insertada unos más difusamente que otros. El P. Le-Brun (3) asegura que á partir del siglo XIII, la Iglesia adoptó la fórmula que hoy usamos; mas no fué esto tan absoluto que no hubiese alguna excepción en algunas Iglesias. En el Misal Romano que Paulo III mandó editar, se observa que la fórmula de la confesión general era brevísima; hela aquí, según la inserta el cardenal Bona (4): «Yo me confieso á Dios Todopoderoso, á la Bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado S. Pedro y á todos los santos, y á vosotros mis hermanos, porque pequé por mi culpa; os ruego que roguéis por mí.» Poco tiempo

(1) Sal. 42.

(2) Lib. 4, cap. 7.

(3) Explicatio Missæ, art. 4.

(4) Rerum liturg., lib. II, cap. 3.

después del pontífice citado, esto es, en tiempo de S. Pío V, que floreció unos 30 años más tarde, fué intercalada en el Misal Romano la fórmula que hoy usamos, debiendo advertir, que la nueva edición que mandó hacer Clemente VIII del Misal Romano fué para dejar purificada la de S. Pío V de algunos caprichos que habían introducido en la misma. Más tarde, Urbano VIII corrigió de nuevo cuanto podía haberse agregado ó quitado á la de Clemente VIII, dejando siempre intacta la liturgia de S. Pío V, y de consiguiente, la fórmula de la confesión general que hoy usamos.

**375.** Una vez que el celebrante había concluído de recitar la confesión general, los ministros pedían al Señor tuviese misericordia del celebrante, por estas palabras: «Compadézcase deti el Dios Omnipotente, para que, perdonados tus pecados, te lleve á la eterna gloria ó vida.» El sacerdote respondía: «Así sea.» Entonces los ministros, inclinándose profundamente, repetían la confesión mencionada, sólo que al dirigirse al sacerdote hablaban en singular, como es consiguiente. Acabada aquélla, el celebrante solicitaba del Altísimo piedad para sus ministros y con ellos para todo el pueblo, con las mismas palabras que lo verificaban éstos. Luego, haciendo sobre sí la señal de la cruz, proseguía diciendo: «El Señor omnipotente y misericordioso nos conceda la indulgencia, absolución y remisión de nuestros pecados.» «Así sea,» añadían los ministros. «Oh Señor, proseguía el celebrante, convertido Vos hacia nosotros nos vivificarás.» «Y tu pueblo se alegrará contigo,» respondían los ministros. «Manifiéstanos, Señor, tu misericordia,» decía aquél. «Y danos tu salvador, añadían éstos.—«Señor, escucha mi oración.»—«Y mi clamor llegue á tus oídos.»—«El Señor sea con vosotros.»—«Y con tu espíritu.» Así acababan este hermoso y tierno diálogo el sacerdote y los ministros. Todas estas deprecaciones son antiquísimas, y algunas datan de los primeros siglos, como puede verse en las primitivas liturgias, sólo que en estos tiempos que estamos recorriendo eran interpoladas por algunas otras, ó abreviadas, según la costumbre de las Iglesias.



**376.** El sacerdote, extendiendo y uniendo las manos, decía en voz clara: «Oremos»; y subiendo al altar, juntamente con los ministros, exclamaba en secreto: «Te rogamos, oh Señor, que apartes de nosotros nuestras iniquidades, á fin de que merezcamos entrar con las mentes puras al Santo de los santos. Por Cristo Señor nuestro. Así sea». Luego, inclinado, y las manos juntas sobre el altar, añadía: «Te rogamos, oh Señor, por los méritos de tus santos—besaba el altar en medio—cuyas reliquias descansan en este lugar, y por todas las de los santos, para que te dignes perdonarme todos mis pecados. Así sea.» La oración primera se halla insertada en los antiquísimos sacramentarios, por lo cual debió recitarse en la Edad Media; la segunda se encuentra en la Misa Ilírica del siglo IX, en un Pontifical de Narbona, escrito antes del siglo XIII, en el Orden Romano del siglo XIV y en otros muchos sacramentarios.

**377.** Puesto que estamos describiendo la misa solemne, debemos hacer mención de la bendición del incienso que sigue á continuación de las oraciones descriptas. El turiferario presentaba el incienso al celebrante, y el diácono, tomando la naveta, rogaba á éste se dignase bendecir el incienso, diciendo: «Señor, bendecid.» Entonces el sacerdote tomaba el incienso y, poniéndolo en el turíbulo, decía, haciendo una cruz con la misma mano: «Sé bendecido por Aquél en cuyo honor has de ser quemado. Así sea.» Tomaba el incensario, daba tres incensaciones á la cruz, luego á las reliquias si las había y once á cada parte del altar. Nótese empero, que este modo de perfumar, lo mismo que el tiempo en que se coloca la incensación en la liturgia Romana, no son muy antiguos; probablemente se podría hacer subir su origen al fin de la Edad Media, pero también se podría asegurar que antes de este tiempo era su uso observado en algunas Iglesias occidentales; digo del occidente, porque es cierto que la liturgia de Santiago coloca la primera incensación precisamente en este tiempo. Al hablar de la segunda y tercera incensación nos detendremos más en este punto.

**378.** Perfumado el altar, el sacerdote pasaba al lado

de la epístola á leer el introito, el cual comenzaba santi-  
guándose. Éste, según la Misa del Corpus, que nos propu-  
simos insertar en sus lugares correspondientes, es el si-  
guiente: «Les dió á comer de la grosura del trigo, y de la  
piedra les sació con miel, aleluya, aleluya, aleluya.» El ori-  
gen del introito quedó expresado en el capítulo VI del to-  
mo III, cuando dijimos que se atribuye á S. Celestino; pero  
como nosotros estamos tratando de la Edad Media, debe-  
mos consignar, que el introito, en tiempo de S. Celestino,  
consistía en varios salmos que debían ser recitados alter-  
nativamente por el celebrante y los ministros, al principio de  
la misa. Así lo testimonia Honorio (1). Luego vino S. Grego-  
rio Magno, quien, comprendiendo que la liturgia eucarísti-  
ca se hacía muy pesada, modificó el introito, tomando sola-  
mente para él una antifona ó versículo, y reservando los de-  
más para el responsorio, ofertorio y comunión, todo lo cual  
recopiló en un libro que designó Antifonario, ó Gradual, co-  
mo otros le llaman. «Celestino, dice el citado Honorio, ins-  
tituyó que se cantasen salmos para el introito de la misa, de  
los cuales, más tarde, el papa Gregorio compuso con per-  
fección antifonas para el mismo fin.» De ahí que después  
del primer versículo del introito se enuncie otro de otro sal-  
mo, con el gloria correspondiente, que en la misa propues-  
ta será: «Ensalzad al Dios nuestro protector, alabad al Dios  
de Jacob: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo», etc.  
La antigüedad del Gloria al fin de los salmos es debida al  
Pontífice S. Dámaso, y su recitación al medio del introito  
fué prescripta más tarde á causa de la modificación hecha por  
S. Gregorio, y como el segundo versículo del introito equi-  
vale á un salmo entero, de ahí que se diga también el *Glo-  
ria Patri*.

Recitado el Gloria se repetía el primer verso del introito  
para que éste no fuera tan breve. En los tiempos que reco-  
rremos era repetido en algunas Iglesias, hasta tres veces, á  
fin de que fuese más difuso.

(1) In Gemma animæ, lib. I, cap. 87.